CALLEJEROS

Cuando abrió uno de sus ojos recordó que lo habían molido a golpes y patadas. La mitad de su cara reposaba sobre un charco de agua emponzoñada, la otra mitad estaba seca y con su ojo atisbó una montaña de basura cuyo olor putrefacto destilaba un vapor verdoso y tóxico al que casi podía palpar, como en las caricaturas. Tras las bolsas, en la pared, estaba tintado un grafiti de un perro con gorra y, mucho más arriba, en esa misma pared, se asomaban los motores de los aires acondicionados del edificio que casi rozaban los del edificio subsiguiente. Era de día. Los rayos del sol se detenían hasta la mitad de ambas paredes del callejón, como si este fuese indigno de su luz. ─Todo por un par de salchichas ─pensó, sacudiendo el agua emponzoñada de su cara─. Luego se levantó, escupió y fue hasta donde se hallaba tirada su compañera, también golpeada, también humillada. ─Levántate bruna ─dijo─. Parece que hoy tampoco comeremos.

Cuando salieron a la calle la luz del sol también los golpeó. Al otro lado pasó corriendo un grupo de niños que pateaban una pelota y tras ellos, unos carretilleros de ojos perdidos, casi tan derrotados como los suyos. Más adelante esquivaron a una muchacha rubia que los miró, lastimosa y condescendiente; luego, un hombre medianamente elegante para la sórdida parte de la ciudad en la que se encontraban, apretó su nariz y casi que vomita al pasar junto a ellos. ─Estamos golpeados, pero no olemos tan mal. ─dijo bruna.

─Olemos lo suficiente mal como para que demos asco.

─Pero todos aquí dan asco ─dijo bruna.

─Pero no todos van golpeados y sangrentes como nosotros.

─Quizá, pero igual dan tanto asco o más asco que nosotros, ¿Verdad?

─Verdad. Hay algunos que dan más asco. Tan solo mira ese otro gamín que esta tirado en ese poste, Bruna. Ya ni siquiera tiene piel en varias partes de su cuerpo. Nosotros olemos mal, pero aún no somos unos sarnosos. Eso debe ser algo bueno.

─Estoy segura que eso es algo bueno. Pero… saber eso no me sube el ánimo. Yo quiero es algo de comida. Eso sí que me subiría el ánimo.

─Habríamos podido robar esas salchichas si no te hubieses distraído, y también nos habrías ahorrado una paliza.

─Lo siento. Es que cuando veo un pastel, simplemente me vuelvo loca. ¿Sabes cuándo fue la última vez que comí algo dulce?

─¿Sabes tú cuando fue la última vez que comí siquiera algo?

─¡Baaah! ─ Exclamó bruna, quejumbrosa ─. Está bien, lo siento, lo siento, no volverá a pasar, ¿Sabes? No volverá a pasar. Lo prometo. ¿Me perdonas?

─Te perdono.

El plan que había ideado para robar esa montañita de salchichas era tan sencillo que cualquiera hubiese podido seguirlo, solo requería mucha antelación. Ambos tenían la suficiente experiencia arrebatándole la comida de las manos a los transeúntes, pero robar una tienda era muy diferente a robar a un transeúnte, pues, por más raro que parezca, los dueños de las tiendas suelen perseguir o patear a los ladrones como si no lo hacen las personas de a pie. El lugar era una carnicería. Los carniceros, pese a vivir engullidos en las vísceras y la sangre de otros animales, suelen ser personas muy amables, chistosas, y hasta sensibles a pesar de su aspecto siempre fiero y adusto. Algunos incluso hasta sonríen y regalan las sobras cuando están de humor. Otros simplemente gruñen mientras cortan la carne del animal muerto sobre el mesón, como si no disfrutasen de su trabajo.

La carnicería que planeaban robar era pequeña. Había un mostrador de vidrio repleto de carne que antecedía una puerta de metal que, cuando estaba abierta, en su interior podían verse los cerdos colgados de los ganchos, chorreando sangre. Frente al mostrador había una mesa repleta de carnes frías y, un poco más adelante, una de las entradas a la carnicería. La otra entrada estaba junto al mostrador, más pequeña y de uso único del carnicero. Uno de ellos debía acercarse a la puerta del carnicero y mirarlo con ojos tristes y suplicantes para volverle chico el corazón y que este se distrajese arrojando tiritas de pellejo, mientras el otro tomaba de la mesa la cuerda de salchichas. Bruna lo intentó, pero para infortunio de ambos, también había un pastel sobre el mostrador con el numero treinta y tres sobre su azucarada superficie. Las pupilas de bruna se dilataron y en lugar de agarrar las salchichas y salir corriendo, la muy estúpida intentó robar el pastel que, debido a sus exiguos como torpes intentos por atraparlo, lo tiró al suelo y la puso al descubierto.

Un ciclista pasó por la acera de la calle en dirección contraria y ambos saltaron hacia un lado, evitando el choque de los neumáticos.

—Dijiste que lo habías olvidado —dijo Bruna.

—Perdonar no es lo mismo que olvidar.

—Y tú qué sabes de perdonar y de olvidar —dijo Bruna.

—Se muchas cosas, las mismas que tú, solo que siempre las ignoras.

—¿Cómo qué?

—Bueno mira. ¿Recuerdas esa vez que le arrebaté de las manos la caja de donas a ese señor regordete?

—¿Las mismas donas que dejaste caer luego en un arroyo y no pudimos disfrutar ninguna?

—Si…Esas mismas donas, ¿Aún te importan?

—No, ya no me importan. Me dejaron de importar ese mismo día.

—Bueno, ya ves. Te quiero. Estoy contigo. Pero pudimos comer salchichas en lugar de golpes y patadas.

—Ya veo. ¿Crees que llueva hoy? —Preguntó, al tiempo que miraba las nubes grises—. Ha llovido mucho en estos días y el sillón del refugio se moja si llueve muy fuerte.

—Creí que te no te molestaba la lluvia.

—Me gusta la lluvia. Pero ya no me gusta dormir bajo la lluvia. Algunas gotas se cuelan por las hojas del árbol y cuando caen sobre el sillón y sobre tu cuerpo, sueltas inmediatamente unas patadas que me dan en las costillas y me duelen. Es como un reflejo, como si te picasen los mosquitos.

—¿Hago eso?

—¡Sí! —exclamó Bruna—. Y también te tiras pedos. Aunque no son tan sonoros como los míos así que te perdono.

—Perdonar no es lo mismo que olvidar.

—¡Ay! Cállate. Ya casi llegamos. No recuerdo si tenemos reservas ¿Hay algo de comida en el refugio?

—Quizá el cuero de unas botas.

—Bueno… ¡Nos conformaremos con eso! —gritó Bruna.

Mientras caminaban por la acera, sus estómagos rugían más sonoros que los murmullos de las personas transitando por la calle. Y cada vez que pasaban junto al ventanal de una tienda enseñaba tiras de carne, empanadas, frutas y pan caliente recién horneado, entonces sus estómagos parecían adquirir su propia personalidad. La tienda de pan horneado y caliente los provocó tanto que se asomaron al umbral de la panadería con la intención de robar, pero una señora de rulos, tras el mostrador, los insultó y casi los golpea con un bate de béisbol cuando les vio las malas intenciones. Más adelante se encontraron con un señor de bigote blanco sentado sobre una mecedora de mimbre bajo la sombra del toldo de su propia tienda. El señor fumaba de una pipa negra que humeaba tanto como un mofle y le hacía toser, pero no paraba de fumar. Al ver que se acercaban los señaló y, cuando notó que estaban todos golpeados y un tanto ensangrentados, se echó a reír. —¡Me alegro mucho! —gritó—. Así se piensan dos veces la próxima vez que tengan ganas de robar. Ustedes me han robado varias veces mis frutas, aprovechando que estoy viejo, soso y lento, malditos mugrosos. ¡Pero ese carnicero era joven, muy joven! —gritó, antes de toser y darle otra calada a su pipa mientras los veía pasar por la acera, sonriente.

Ambos se detuvieron bajo la luz de un semáforo que estaba en verde. Los carros, motos y autobuses pasaban a gran velocidad frente a ellos. En la esquina de la calle siguiente estaba una tienda de juguetes tan colorida como el toldo que se asomaba sobre el dintel de la puerta principal. Frente a la tienda se erguía un mojón que señalizaba la calle dieciocho y, mucho más adelante, calle arriba, la diecinueve.

—No quiero pasar por esa calle, la diecinueve, mejor viremos aquí a la derecha y subimos por la otra calle. Será más largo, pero me niego a caminar calle arriba por este cruce.

Bruna lo miró y notó que sus ojos estaban acuosos y brillantes, clavados sobre esa calle que ascendía hasta la diecinueve como una ladera asfaltada. Lugo elevó su mentón y miro hacia el cielo de nubes aplomadas que no dejaban penetrar la luz del sol. «Ambos están a punto de llorar». Pensó

Bruna. ─¡Pero no seas maricón! ─Dijo de repente, abandonando sus pensamientos. ─Yo sé que no te gusta esa calle, pero ya han pasado años, corazón. Deberías dejarlo ir. ¿No fue precisamente hoy que sucedió?

─Sí… fue hoy.

─¿También llovía no es así?

─Sí… también llovía.

─Bueno, hoy también lloverá como ese día. Deberías ir a esa esquina y dejarlo ir con la lluvia. Hace mucho no eres así y a veces te comportas como tal, nunca debes olvidar que ahora eres un…

─Callejero. Lo sé. Soy ahora un callejero. Quizá el siguiente año, no lo sé. O más tarde, no lo sé. No me presiones, ¿Está bien? Vamos a casa, me muero de ganas por comerme esa bota de cuero.

─Está bien.

Varios televisores cuadrados, viejos y apiñados presentaban imágenes en sus pantallas tras el cristal de una tienda de fachada estrafalaria. Uno de ellos sintonizaba las noticias locales; otro, alguna telenovela en donde un par de mujeres se besaban; otro, el comercial sobre alguna nueva hamburguesa; otro, la sinfonía de una orquesta elegante; otro, un partido de futbol; y, por último, una película que ambos disfrutaban mucho pero que nunca habían visto, solo escuchado.

─¡Hey! Mira lo que están pasando por la tv, Bruna.

Ella se detuvo de sopetón y sus ojos se abrieron como platos, conmocionada y emocionada.

─¿Esa es...?

─¡Sí, señorita! Esa misma es.

─No lo puedo creer, que afortunados somos, nunca la hemos visto. ¿La vemos?

─Lloverá muy pronto.

─Me gusta la lluvia ─dijo bruna.

─A mí no me gusta, pero no hay problema. Sentémonos aquí en la acera el tiempo que se pueda antes de que nos echen.

─Ojalá nos dejen terminar la película.

Pero la verdad era que si había visto esa película incontables veces cuando tenía un hogar y solía ser alguien decente y medianamente civilizado. Nunca se lo contó por temor a que no volviesen a dramatizar la película como solían hacerlo una que otra noche, antes de irse a dormir sobre el sillón del refugio, bajo las hojas del árbol. Bruna conocía la historia de la película de una manera superficial por los retazos que había escuchado en la calle desde que tenía memoria, pero él, en cambio, sí que conocía la obra de pies a cabeza; le completó sus retazos con tanta exactitud que casi pudo hacerla sentir uno de los personajes de la obra; eso a ella le gustaba muchísimo..

El castillo basural (Donde habita el temido conde Dracartón), en la imaginación de Bruna, está hecho con muchos pilares de cartón, muy parecidos a ese cilindro en el que siempre se encuentra envuelto el papel higiénico. Algunos de esos pilares están tapizados con papel aluminio o algunas servilletas, todas sucias de salsa o grasa. El portón principal está hecho con madera hueca y enmohecida. El segundo piso es una caja de pizza y el tercer piso, en donde habita Dracartón, tan cruel como para secuestrar a una princesa adentro de su oloroso castillo y lo suficientemente despiadado como para no darle un tapabocas… es una caja de donas, sucia y fétida. Adentro del castillo abunda el polvo, hierro con patina, relojes dañados, empaques de frituras y comidas, frutas podridas, cajas de electrodomésticos, pañales sucios, muñecos destartalados, cadáveres de animales secos y demás basura que ven ambos a diario en derredor a su propio refugio. ─¿Quién se atreve a aventurarse en los confines de mi castillo! ¿Acaso planea usted, invasor, robar mis frutas muertas y pañales descoloridos? ¡Yo soy Dracartón! ¡Y me alimento de sobras y damiselas en peligro! ─. Entonces Bruna se emociona y se arroja sobre el sillón esperando su turno por ser la damisela mientras lo observa dramatizar.

─¡El barón de las bolsas yace aquí, quien ha venido hasta este confín, para acabar con este castillo maloliente y lleno de hollín! ¡Devuélveme a mi amada, y podrás seguirte revolando entre tu basura y tu desgracia!

─¿Castillo de hollín? ¿Basura y desgracia? Miren a este perdedor que ha caminado hasta mi morada. Ya te he enfrentado antes barón de las bolsas, esta vez es inevitable tu derrota. Ya no amo el cartón, ahora amo el aluminio, tu poderosa espada no podrá cortar uno solo de los pilares de este renovado castillo.

─¡Nada es diferente que antes, siempre serás un perdedor envidioso de los amantes! Mi espada corta cartón podrá ya no ser utilizable, y por eso traje estos fósforos; después de todo tu castillo es desechable.

─¡Malditos seas, barón de las bolsas! ─grita Dracartón, antes de morir quemado por los fósforos.

─¡Oh mi amado señor de las bolsas! ─grita bruna desde el sillón─. Llévame contigo a mirar el mar y comer pescado salado─. Entonces se arroja sobre él, lo llena de besos y se ríen hasta el hartazgo, siempre de lo mismo. El disfruta mucho hacerla reír.

El cielo seguía con una tonalidad plomiza cuando se levantaron de la acera a mitad de la película.

─Una lástima que ese hijoputa no nos dejase terminar de ver la película ─dijo Bruna─. Me hubiese gustado ver con mis propios ojos el destino de Mina, Jonathan y el doctor Van Hellsing. ¿Crees que había necesidad alguna para que nos arrojasen esos tornillos a la cara? ¡Me dolió bastante!

─Tu no querías irte y te pusiste agresiva, además olemos muy mal.

─¡Pero la película estaba buenísima!

─Pero el local es del hombre

—¡Pero la película estaba buenísima!

—¡Ay! Cállate, Bruna. Nos han golpeado dos veces hoy por tu culpa.

— ¡Ay! Lo sé. Es que a veces me dejo llevar. Pero no puedes negarme que ha sido divertido, ¿Verdad?

—¿Qué me den puños y patadas y me arrojen tornillos de hierro a la cara?

—No, tonto. ¡Intentarlo! Intentarlo siempre es divertido. Sí, es cierto, pudimos comer salchichas, pero lo intentamos. Además, nos vimos media película que es más de lo que cualquier callejero ha visto jamás.

—No lo sé, ha sido un mal día. En realidad, quiero ir al sillón y comerme la bota

—Bueno… yo también quiero. ¿Me perdonas?

—Te perdono.

A lo lejos atisbaron varias montañas de neumáticos destartaladas bajo la sombra de un árbol de mango, gigantesco. Adentro de las montañas negras se alzaban otras montañas mucho más pequeñas de trapos viejos, muñecas huecas, botellas de plástico, cajas de cartón, uno que otro cascaron de autos chatarreados y demás desechos que posee cualquier depósito de basura. Sin embargo, al pie del árbol de mango en donde se hallaba recostado el sillón, todo se encontraba inusitadamente limpio; ambos se habían encargado de ello. Frente al sillón estaba una mesa oblonga que sostenía la carcasa de un TV negro junto a unas cuantas figuras de animales en cerámica, todas rotas. Junto a la mesa oblonga estaba el bastón erecto de una lámpara sin bombillo y sin el cono. Un cuadro de flores descansaba sobre una llanta negra y, junto al sillón, una caja negra de cervezas sin cervezas. «Se parece un poco a mi viejo hogar». Pensó «Pero aún no se le acerca en lo más mínimo, ni en limpieza ni en elegancia». El llevaba mucho tiempo tratando de imitar su antiguo salón con los desechos que encontraba en las calles y traía para su refugio. Algunas veces tenía que pelear por ellos porque los otros callejeros también consideraban un tesoro aquellos objetos que la gente civilizada lanzaba a la basura como despojo. La carcasa del TV que reposaba sobre la mesa oblonga tuvo que robarla de una montaña de basura, al norte de la ciudad, donde arrojan objetos de más calidad y cuyos territorios pertenecen a los callejeros ***pudientes***; todos antipáticos e indolentes. Aquellos callejeros consideran de baja ralea todo lo que no habite en el norte de la ciudad, y ese pensamiento también incluye la meritocracia con respecto a los despojos de las basuras; por lo tanto, Bruna ni él forman parte de aquel oligárquico y ridículo sistema de vida. Así que cuando robó la carcasa de tv lo persiguieron con intención de matarlo por casi una hora hasta que les agarró ventaja en un semáforo. —¡Acá no te atrevas a regresar, maldito leproso! —le gritaron los otros callejeros mientras lo veían huir—. «Esta carcasa valió cada segundo de persecución». Pensó, con la vista clavada sobre la carcasa de tv que reposaba en la mesa; exactamente igual a la que alguna vez tuvo su padre.

Bruna bordeó la mesa oblonga y el bastón de la lámpara sin bombillo para después recostarse sobre el sillón enmohecido al pie del árbol. El la siguió y se recostó junto a ella. Las hojas en la cúpula del árbol tremolaban por el soplido del viento que las hacia rozarse entre ellas y entonar el sonido de papeles estrujados. Mucho más arriba de la cúpula, las nubes plomizas se habían tornado

tan oscuras que casi parecía de noche. ─Me gusta mucho la lluvia ─dijo Bruna─. Después de mojarme ya no estoy tan olorosa y el olor a humedad que queda en las calles, después de amainar, es casi tan pacifico como el de una montaña.

─Lo sé, siempre lo repites, pero para otros solo es melancolía.

─Lo sé, siempre contestas lo mismo. Quizá si te acercases a esa calle y dejases que la lluvia y el arroyo se lo lleven todo… también verías la lluvia más como la paz de una montaña que como simple melancolía.

─Quizá el siguiente año, no lo sé. O quizá más tarde, no lo sé. No me presiones, ¿Está bien?

─Ya he escuchado tantas veces ese quizá que quizá ya sé que nunca lo dejarás ir.

─He escuchado tantas veces el mismo consejo que quizá nunca lo deje de escuchar.

Bruna suspiró, extenuada, y luego cortó en pedacitos la bota de cuero que tenían para comer. Estaba dura, seca, sin ningún valor nutricional y sin ningún sabor; pero era mejor tener algo en el estómago que nada. Ambos tragaron en silencio mientras esperaban por el aguacero.

Al cabo de un rato Bruna ya estaba dormida. El silbido de su respiración lo escuchaba muy parecido al de una cafetera vieja, a punto de explotar. «Reconfortante para este frio». Pensó, al verla respirar. En el espacio hueco del cascaron del tv, donde debía estar la pantalla, le pareció ver por un momento la sombra de un hombre adulto junto a una mujer robusta y una niña delgada y rubia. De súbito arrancó la mirada del tv y la dirigió hacia las hojas del árbol en lo alto. Tras las hojas aún estaban los nubarrones negros en el cielo y unas gotas muy diminutas se colaban por entre los intersticios, humedeciéndole el rostro. «Quizá Bruna siempre tuvo razón y es hora de dejarlo ir». Entonces de un respingo se levantó del sillón, gimió, le dio un beso en la frente a Bruna y se fue directo hacia la calle diecinueve que sabía le evocaría muchos recuerdos.

*

Para sorpresa e indignación de los callejeros ***pudientes*** que hoy me amenazan, alguna vez viví en una casona muy elegante en el norte de la ciudad. En aquellos tiempos estaba muy gordo, mal criado, petulante y carente de toda empatía para con los demás como solo lo puede sentir alguien tan privilegiado que ni siquiera se da cuenta que es privilegiado. Aquellos eran tiempos tan remotos que recuerdo, avergonzado, mi más grande preocupación era la comida del siguiente día; no tenía que esforzarme por casi nada, mucho menos por sobrevivir. Conservo la plena seguridad de que Bruna, nacida y criada en las calles, no se habría fijado jamás en alguien tan débil, patético y bochornoso como ese que alguna vez fui. Sin embargo, extraño ser así, extraño ser un mal criado y gordo, extraño ser amado y ser querido, pues, a diferencia de ella… eso fue lo primero que conocí y para lo que creo, venimos todos los a este mundo. Aquellos que nunca han tenido nada no pueden entender lo que es perderlo todo.

La casona en la que solía vivir se erguía sobre la cúspide de una colina pequeña, casi tan alta como un edificio de unos cinco pisos. Sin embargo, la ladera de la colina hasta la cúspide era muy extensa, arbolada, empedrada y en las temporadas lluviosas, un lodazal. Toda la colina estaba bordeada por una empalizada de cemento cuyo único acceso era un portón negro que, al abrirse, chirriaba sus goznes como un cerdo al matadero. Tras el portón estaba la trocha que resaltaba las marcas de los neumáticos que ascendían hasta la casona como serpientes dibujadas sobre el barro y las rocas. Un poco más adelante, colina arriba, estaba un pequeño trecho del camino en donde se erguían varios árboles a los costados de la trocha como un pequeño túnel arbolado. Sobre la cúpula de aquellos arboles a los costados de la trocha, de día, silbaban las golondrinas y las cuellinegras; de noche, silbaba el viento acompañado del ulular de uno que otro búho.

Una vez conquistada la trocha de la ladera estaba la casona. Toda blanca. Toda imponente como un pequeño fuerte. Toda pulcra y elegante como mamá. En el pórtico se alzaban cuatro pilares gruesos y jonios que sostenían el balcón del piso superior. Bajo el balcón y junto a los pilares estaban unas cuantas mesas blancas bordeadas por sillas también blancas; color favorito de Mamá. Aquellas mesas siempre estaban atiborradas con ornatos finos y vasijera también muy finas. —¡Aquel que me parta estos adornos y estas vasijas lo despido o lo mató, dependiendo de cómo este de humor! —Solía decir mamá, un tanto en broma un tanto en serio—. Y con respecto a papá…él era un poco más sencillo. Su mayor amor, además de su esposa, era su auto cuyas marcas de neumáticos ponderaban sobre la trocha de barro. Recuerdo que le gustaba comparar su auto con mamá, pues, cuando quería hacerla enojar; le decía que su Audi se dejaba montar sin darle tanta cantaleta. Entonces ella se enojaba y le lanzaba cosas, pero nunca sus adornos y vasijas finas.

Un poco más adelante, tras los pilares jonios y las mesas blancas estaba la puerta principal cuyo centro era un vidrio ovalado y diáfano. Tras la puerta, a la derecha, estaban un montón de muebles blancos, límpidos y esponjosos que parecían flotar como un cumulo de nubes. Tras los muebles blancos se alzaba un ventanal gigantesco y tras el ventanal se estremecían las flores de un colorido jardín con tendederos en donde ondeaban muchas sábanas blancas que, de noche, parecían fantasmas flotando a la deriva. Del otro lado estaba el salón con la TV que hoy intento imitar en nuestro refugio y, siguiendo la trayectoria de la puerta principal, un largo pasillo con varias habitaciones a sus costados se escurría hasta estrellarse con la escalera que va hacia el segundo piso. Junto a las escaleras estaba la cocina y tras la cocina, el patio. Allá en el patio solía sentarme junto a Papá que disfrutaba de mirar el horizonte y la ciudad mientras le daba caladas a su pipa. En la lejanía, de día, los tejados de las casas centellaban como vidrios enterrados en la arena y mucho más allá de los tejados y la ciudad; las olas del mar brillaban como si estuviesen hechas de diamantes mientras que aquellos barcos que fondeaban la línea del horizonte se veían tan diminutos que parecían hechos de juguete. Sin embargo, de noche, poco o nada era lo que podía verse, solo las luces de la ciudad y en lo alto del cielo nocturno, la luna.

Para el momento en que llegué a la puerta de mis padres adentro de una canasta de mimbre que estaba cubierta por un montón de trapos viejos que olían a vinagre y humedad, ambos llevaban años intentando concebir un hijo sin éxito alguno. Mamá decía que la canasta olía tan mal que de no haber escuchado uno de mis berridos la habría pateado. —Esto es un milagro —aseguró, al sostenerme entre sus brazos—. Y ella lo decía muy en serio. Fui para ellos como un regalo traído de los cielos para calmar la desesperanza a la que ya se habían entregado por el hecho de no poder concebir. La vida por fin les sonrió y a mi también… al menos por un tiempo.

En el salón donde estaba la TV solíamos ver películas hasta bien entrada la madrugada. Mamá se recostaba sobre el cuerpo de papá y yo, justo a un lado de ambos, recibía una que otra caricia de sus manos en la cabeza o en el cuerpo, regocijado. Bajo el brazo del sillón había siempre una caja de cervezas que papá bebía en un santiamén mientras veíamos cualquier película y, por muy sorpréndete que parezca, era Mamá la que siempre se quedaba dormida a pesar de que no bebía ni un solo trago de alcohol. Entonces la dejábamos recostada sobre el sillón y juntos nos íbamos al patio, el a fumar su pipa y yo solo para acompañarlo.

Como dije antes estaba gordo y mal criado. En la casona sobre la colina solía comer más de tres veces al día por gusto propio y por alcahuetería de mamá que para ese entonces también estaba un tanto rellenita. Cada mañana, a diferencia del refugio junto a Bruna donde al soplar el viento me despierta el olor a muerte, oxido, podredumbre, humedad, putrefacción y hierro oxidado; en la casona; lo hacía el café, el olor del tocino al fritarse, el canturreo de mamá y los chirridos de los pájaros sobre las cúpulas que acompañaba papá con sus silbidos, imitándolos. Después del desayuno bajábamos a pie por la ladera en busca del periódico que entregaba Walter, un chico taciturno al que papá le pagaba tres vece más de lo usual por el hecho de esperarlo pacientemente, cada mañana, tras el portón negro. Luego regresábamos por la ladera y mamá nos recibía con un par de besos en las mejillas antes de sentarnos bajo el balcón para leer el periódico. Entrada la tarde, solíamos cazar los panales de avispas que colgaban de los árboles que se erguían a los costados de la trocha. Papá les arrojaba piedras para hacerlos caer y yo me comía la miel después de que las espantara con un bastón prendido en fuego. Por la noche volvíamos a ver películas y yo me acurrucaba junto a sus cuerpos, esperando las caricias de sus manos… sí que era esa una buena vida.

Una noche, viendo películas junto a papá, el grito desesperado de mamá nos asustó. Algo extraño había ocurrido. Sus pasos retumbaron desesperados contra la madera de la segunda planta y después, contra los peldaños de la escalera cuando bajaba por ellos, desesperada. Luego corrió por el pasillo en dirección al salón mientras gimoteaba y alzaba al aire con una de sus manos, con el ímpetu de quien sostiene la llama olímpica; una prueba de embarazo. Lo habían conseguido. El milagro se había dado. Estaba embarazada. Todos reímos y nos abrazamos. Besos y caricias reinaron en el gran salón y yo me hallé desesperado por conocer a mi nuevo hermano o, hermana.

Luciana llegó a la casona un treinta uno de octubre en horas de la noche. Su día de nacimiento resultó acorde al concepto que siempre tuve de ella: Una bruja. Una bruja de sortilegios poderosos, pues, en el momento en que mamá se inclinó para que pudiese verle; me hechizó. Era hermosa. Tenía las mejillas coloradas y rellenas, ojos cafés, piel tersa, suave y porcelana; además del cabello rubio que heredó de mamá y que ya de recién nacida, vaticinaba su frondosidad. ─Daré mi vida sin pensarlo por esta pequeña. ─Pensé, en el momento que la bruja lanzó su hechizo.

Meses después me convertí en un fantasma que rondaba la casona. Luciana acaparaba toda la atención de mis padres que, de un momento a otro, empecé a parecerles insoportable. Ya no era un regalo caído de los cielos, ni mucho menos un milagro como lo había expresado mamá en el momento que me tomó de aquella canasta de mimbre maloliente. Todo eso había quedado atrás desde que llegó Luciana, sangre de su sangre y carne de su carne. Así que empecé a hacer lo que haría cualquier infante con tal de llamar la atención: travesuras. Partía adornos, orinaba mi cama, ensuciaba de barro la casa, vomitaba a propósito sobre el pórtico, regaba la comida, me acostaba

tarde molestando y, por último, lo que me ganó una buena paliza con correazos; tiré al suelo los ornatos y vasijera que reposaban sobre las mesas blancas bajo el balcón. ─Dale una tunda que no se le olvide nunca ─le escuché ordenar a mamá─. Y así fue. Papá me tomó por el cuello y al patio, donde solíamos observar los barcos y los tejados de la ciudad me llevó. Allí, además de los correazos, me golpeó con patadas y puños. Luego me encerró. Jamás pude entender ese abrupto cambio de sus personalidades y cariño hacia mí. Conocía perfectamente mi lugar en la casona y desplazar a Luciana jamás fue mi intención, simplemente anhelaba sentirme integrado; como antes. De hecho, amaba tanto como ellos a esa pequeñuela de piel tersa y ojos cafés. Pero ni siquiera me permitían jugar con ella, pues, de un momento a otro, así como cambiaron sus personalidades y cariño para conmigo, mi físico a sus ojos también lo hizo ya que me convertí en un maldito mugroso que solo le transmitiría enfermedades a su pequeña Luciana.

*

La lluvia repiqueteaba con un sonido ametrallador contra los tejados de las casas y sobre el asfalto de la acera por la que iba corriendo y recordando su vieja vida. El fogonazo de un relámpago fotografió a la columna de personas que corrían en dirección contraria mientras chapoteaban con sus pies los charcos empozados en la acera al tiempo que encogían sus hombros y buscaban desesperados un lugar para resguardarse de la lluvia. «Falta poco. Falta muy poco. Ese lugar está cerca». Pensó, mientras jadeaba de cansancio y las gotas de lluvia se estrellaban contra su cara. Mientras corría por la acera, su cuerpo se reflejaba como una sombra rápida y fugaz sobre las puertas de los carros aparcados en hilera a un costado de la calle. Esquivó a un hombre que sostenía una maleta blanca, luego a una anciana con un paraguas rosado, a un chico que pateaba una pelota, a un hombre que empujaba una carretilla repleta de latas, a una joven de rostro macilento que gimoteaba por alguna razón y, por último, se estrelló contra un chico que cargaba una bolsa llena de panes calientes que volaron al aire y aterrizaron sobre unos de los charcos de la acera. Tomó uno de los panes y siguió corriendo, calle arriba, mientras el chico que había dejado atrás le gritaba un montón de improperios.

Más adelante el repiqueteo de la lluvia contra su cara y sobre el asfalto y los tejados se tornó más violento y estrepitoso, pues, empezó a sentir las gotas contra su cuerpo como si fuesen unas canicas o los piquetes de una barahúnda de avispas. Se detuvo junto a un mojón en donde se hallaba recostado un borracho quejumbroso y escuchó el silbido del viento que recorría las calles y que alzaba al aire una que otra bolsa plástica, cartones, envolturas, vasos y demás desechos. Un toldo rojo salió desprendido del dintel de una tienda y se enredó en la punta de un poste, ondeando como una bandera de sangre por la fuerza del viento. ─¡Esta lluvia y este viento deben ser del apocalipsis! ─exclamó el borracho que estaba esparramado contra el mojón a su derecha. A la izquierda, un par de gamines se refugiaban de la lluvia bajo el toldo amarillo de una tienda mientras bebían de unas tazas blancas que humeaban vapor. Al otro lado de la calle se erguía el semáforo de la diecinueve, su destino, impedido por un arroyo acaudalado que descendía calle abajo, hasta el rio. Suspiró y esperó a que aminara la lluvia y perdiera fuerza el arroyo de la calle bajo el toldo amarillo, junto a los gamines.

Durante varias horas esperó junto a los gamines que, al verlo, le ofrecieron de su bebida caliente en una charola de plata. Bebió lo que le ofrecieron y le supo mucho mejor que la bota de cuero que había comido un par de horas atrás. La amabilidad siempre le sabía bien. Mientras esperaba a que bajase el caudal del arroyo para poder cruzar, le pareció gracioso el inútil patrón del semáforo que, a pesar del constante descenso del arroyo por la calle; seguía titilando sus tres bombillas. Después concentró su atención en los edificios grises al otro lado de la calle. Eran feos, sórdidos y simples como cualquier edificio o casa en derredor al centro de la ciudad. Tras las ventanas del edificio vio varias familias que reían, se abrazaban y se acariciaban mientras veían la TV. Algunas incluso bailaban. Una niña de cabello rubio y mejillas rosadas se asomó por la ventana, le señalo y le sonrió. El intentó regresarle la sonrisa, pero no pudo, simplemente bajó la cabeza y una lagrima se escurrió por su mejilla.

Ya era de noche cuando amainó la lluvia y el arroyo poco a poco empezaba a perder su fuerza. Cuando decidió cruzar la calle, inclinó su cabeza en señal de agradecimiento por la bebida caliente que le ofrecieron los gamines bajo el toldo amarillo. Ellos, impresionados por el gesto de agradecimiento que les regaló; carcajearon como si hubiesen escuchado el mejor chiste de sus vidas. Luego cruzó la calle y vio cómo se arremolinaban los mosquitos bajo las luces ambarinas del alumbrado mientras las personas salían de las tiendas, casas y edificios en los que se refugiaron del aguacero y el viento. Junto al semáforo de la diecinueve se detuvo y alzó su cabeza al aire. Allá en el cielo vio la luz plateada de la luna que refulgía las gotitas que aún caían desde lo alto. —¿Tienes tú las respuestas señora luna? ¿Las tienes? Siempre te clamamos por ellas, pero nunca nos respondes. Nunca nos prestas atención, como el resto de los humanos al vernos vagar por las calles —. Entonces por fin aulló, después de varios años de contingencia, clamándole a la luna una explicación por su abandono. Cada gotita contra su rostro y su pelaje era un recuerdo de aquella casa y de su vieja vida. Cada gotita era una de esas caricias que sabía perfectamente no volvería a sentir jamás y, cada aullido, la desesperanza de haberlo por fin asimilado.

—Ahora tengo otra familia —dijo, mientras corría hacia el refugio de objetos destartalados, hacia el sillón húmedo donde lo esperaba Bruna.

FIN